

# TEATRO



*No hay teatro de arte ni arte del teatro;  
hay, sencillamente, teatro.*

JOSÉ BERGAMÍN

« *E U G E N I E* »  
(Boceto de comedia en un acto)

## PERSONAJES

EUGENIA.

LA MADRE.

AMALIA.

RITA.

EL AMIGO.

EL PADRE.

EL JOVEN.

## ACTO ÚNICO

*Vestibulo espacioso de una casa de campo. Todo el foro cerrado por amplios ventanuales y puertas de cristales sobre un jardín. Mediodía. La luz del sol, sobre las flores del jardín, fuera de la escena, deja a ésta en sombra, preparada para el misterio.*

### ESCENA I

AMALIA.—Anota, entre las cosas curiosas que ocurren en esta casa, una sorprendente: hoy es el aniversario de la muerte de Eugenia. Nadie me lo ha recordado.

RITA.—¿Ni tus padres?

AMALIA.—Ni mis padres. Todos los años, tal día como hoy, me decían: «¡No sabes lo que perdimos con tu hermana Eugenia; era una muchacha excepcional!» Y se pasaban el día enumerando sus virtudes. Este año, ni una palabra.

RITA.—¡La verdad es que tú has ganado mucho!

AMALIA.—Puede ser por eso. Pero, aunque te burles, te diré que no me satisfacen los homenajes sobrentendidos. A mí se me halaga con palabras, como a todo el mundo. El que Eugenia no les parezca ya tan excepcional, si es que no se lo parece, no pasa de ser un juicio póstumo.

RITA.—¡Estás bien de palabra esta mañana! Se ve que te sienta levantarte tarde.

AMALIA.—Hoy he madrugado.

RITA.—¡Pues es extraordinario..!

AMALIA.—¡Imagina que a papá se le ha ocurrido invitar a Alsina a comer! ¡A Alsina!

RITA.—Reconoce que se trata de tu pretendiente más serio.

AMALIA.—Eso sí. Se trata de un hombre casi fúnebre, de acuerdo con las circunstancias; pero, afortunadamente, las circunstancias han cambiado.

RITA.—A ver...

AMALIA.—Mi pretendiente no podrá venir. Una enfermedad providencial nos ha salvado.

RITA.—Entonces, el madrugón...

AMALIA.—Utilísimo. Porque viene su amigo.

RITA.—¡Ah, su amigo! No entiendo una palabra.

AMALIA.—Alsina tiene un amigo.

RITA.—¿Uno solo? ¡El pobre!

AMALIA.—¡Bueno, tiene muchos! ¿No hemos quedado en que es un hombre tan serio? Pero invitado, lo que se dice invitado por papá, no tiene más que uno.

RITA.—(Como si pensara profundamente.) ¡Espera, empiezo a ver claro.! Lo sucedido es que tu padre...

AMALIA.—Invitó a los dos.

RITA.—Exacto. Y Alsina se ha puesto malo y viene sólo el otro.

AMALIA.—Ventajas de invitar a dos personas. ¿Estamos?

RITA.—Ya. Ahora dime: ¿quién es ese amigo?

AMALIA.—Un hombre maravilloso. No le conozco.

RITA.—Entonces, ¿por qué sabes que es maravilloso?

AMALIA.—Por eso mismo, porque no le conozco. ¿No lo comprendes? Si fuese una persona conocida, uno de esos muchachos que nos sabemos de memoria, figúrate lo aburrida que estaría esperándole. Sabría hasta la corbata que traería puesta, en qué momento me hablaría del jardín... Pero, siendo un perfecto desconocido, ¿no puedo esperar que me interese? Y un hombre que pueda interesarnos, ¿no es, en realidad, maravilloso?

RITA.—Desde luego. Tienes una lógica que aturde. Pero, a todas estas, ¿para qué me has hecho venir?

AMALIA.—Para que te ocuparas de Alsina.

RITA.—¿Cómo?

AMALIA.—Pensaba invitarte también.

RITA.—¿Para que cargara con él? ¡Pues es una infamia!

AMALIA.—¡Nada de eso! Peor hubiera sido no avisarte y que te lo encontraras en la mesa, a tu lado.

RITA.—Mira, Amalia, que yo también tengo mi lógica: si es tu pretendiente, sopórtalo tú.

AMALIA.—¿Pero no te he dicho que ya no viene?

RITA.—Entonces...

AMALIA.—¡Pues que no te necesito! No pensaba ya invitarte.

RITA.—Muchas gracias.

AMALIA.—De nada, mujer. ¿Quién me dice a mí, no sabiendo cómo es su amigo, que no le puedes gustar más que yo? ¿Quién me asegura que no eres tú su tipo, y tengo, entonces, que presenciar tu conquista en lugar de ocuparme de la mía? ¡No, hija: sería un almuerzo aburridísimo! Ahora mismo te vuelves a tu casa, antes de que pueda encontrarte aquí, pero antes vienes a ayudarme al comedor. Hoy nos hemos quedado sin servicio.

RITA.—¡Bueno, esto es el colmo!

AMALIA.—¿Cómo crees que debemos sentarnos? ¿Frente a frente? Desde luego, que le dé bien la luz en la cara. Tengo que examinarlo con detenimiento. ¡Mira que si me gustara! *(Salen por la izquierda. Los padres aparecen por la derecha.)*

## ESCENA II

PADRE.—¿Qué hace Amalia?

MADRE.—Debe estar ocupándose de la mesa. ¡Cómo has armado ese lío a última hora!

PADRE.—¿Qué lío?

MADRE.—¿Te parece poco trastorno lo de la enfermedad de ése?

PADRE.—¡Cualquiera diría que he tenido yo la culpa!

MADRE.—¡Si no lo hubieras invitado nos tendría sin cuidado su enfermedad!

PADRE.—¡No digas..!

MADRE.—Aunque, pensándolo bien, mejor es que se haya indispuerto antes del almuerzo.

PADRE.—¿Por qué?

MADRE.—¡Porque así estará convencido de que no ha sido por el almuerzo!

PADRE.—¡Cierto, certísimo! ¡Pobre muchacho! ¡Con lo bien que hubiese comido! Porque Amalia se habrá esmerado hoy...

MADRE.—A propósito de Amalia: no le habrás recordado el aniversario de Eugenia...

PADRE.—Ni una palabra. ¡Y Dios sabe lo que me cuesta!

MADRE.—Cada vez me convenzo más de que hemos sufrido un error de táctica. Con eso de repetirle todos los años que su hermana valía tanto y cuanto, la pobre chica llegó a odiar esta fecha. Se sentía... como humillada.

PADRE.—(Con entusiasmo contenido.) ¡Pero es que Eugenia valía un mundo! No es porque fuera hija mía... y tuya, naturalmente, ¡pero Eugenia era una muchacha extraordinaria: alta, rubia, guapísima, con aquel andar reposado..!

MADRE.—Me harás el favor de no seguir.

PADRE.—Amalia fue siempre tu preferida, pero ¿qué remedio? ¡Hay hijos que valen menos porque hay hijos que valen más!

MADRE.—¡Pues si una de mis hijas ha de valer más, prefiero pensar que es la que me queda! No me respondas. No tienes nada que echarme en cara. Tú sabes que Eugenia fue también mi pasión, mi debilidad de madre. (Enternecida.) Pero si Dios quiso llevarse a una de mis hijas, ¿por qué no creer que me dejó a la mejor?

PADRE.—Tienes razón, siempre tienes razón. Perdona. Amalia vale también. Un poco mal educada, pero vale. ¡Vamos, sécate esas lágrimas! Y acércate. (Bajando la voz.) ¿Te acuerdas de aquella distinción de Eugenia?

MADRE.—¡Ya lo creo!

PADRE.—¡Lo que hacía rabiar a su hermana diciéndole que la llamara en francés: ¡Eugenie, Eugenie..!

MADRE.—En eso se ponía muy pesada.

PADRE.—Yo siempre la reñía. ¡Pero hacía un mohín tan gracioso con la boca: *Eugenie..!*

MADRE.—Tú no hacías más que reírle sus gracias. Y Amalia sufría, sufría mucho.

PADRE.—¡Celillos, mujer!

MADRE.—Eugenia gozaba en mortificarla. ¡Como Amalia estaba tan mimada! ¡Mira que llorar por no tener el pelo rubio!

PADRE.—Lloraba por cualquier cosa.

MADRE.—¿Y cuando la hacía madrugara? ¡Con lo que a Amalia le gustaba dormir!

PADRE.—¡Con lo que le gusta!

MADRE.—Siempre andaban como el perro y el gato. Y se querían, se querían de verdad. Pero bastaba que a Amalia le interesase un muchacho, por ejemplo, para que Eugenia, en el acto, hiciese andar al chico de cabeza, sin dejarle siquiera acercarse a su hermana.

PADRE.—(*Emocionado.*) ¡Me acuerdo, me acuerdo! ¡Es que tenía una labia..! Dime, ¿no te parece estarla oyendo: *Eugenie, Eugenie..?*

(*Amalia aparece en la puerta.*)

### ESCENA III

AMALIA.—¿Me llamábais?

MADRE.—No.

AMALIA.—Cref... (*Se hace un silencio difícil.*)

AMALIA.—¿No se os ocurre nada?

PADRE.—Así, de pronto...

AMALIA.—¿No tenéis nada que decirme? (*Subrayando la frase.*) ¿Ni siquiera recordarme... que tal día como hoy..?

MADRE.—(*Rápidamente.*) ¡Ni siquiera, hija mía, ni siquiera!

AMALIA.—Bien. Mejor es así. Este año no reñiremos. ¿Queréis decirme cuándo va a venir ese joven?

PADRE.—La verdad es que está tardando. Ya debía haber llegado. ¡Con eso de que haya trenes cada diez minutos, nadie se preocupa de tomarlos!

MADRE.—¿Está todo preparado?

AMALIA.—Sólo faltan las flores. Voy a cortarlas al jardín. Rita está en el comedor dando los últimos toques.

MADRE.—¿Se quedará, por fin a comer?

AMALIA.—No lo sé aún. Depende. Tengo que decidirlo con los datos a la vista. Si el muchacho no me agrada, se quedará a comer con nosotros. Si, en cambio, me gusta, saldrá corriendo por la puerta de servicio.

MADRE.—¡Pero, Amalia..!

AMALIA.—¡Nada, nada! Rita ha aceptado. Está conforme hasta con quedarse. ¡Tiene un hambre feroz! (*Sale corriendo hacia el jardín y desaparece.*)

#### ESCENA IV

MADRE.—¿Qué te parece?

PADRE.—¡Vale, vale..! Maleducadilla, pero vale...

MADRE.—¡Siempre fue muy original!

PADRE.—¡Muchol! ¡Hay que ver cómo nos trata! ¿Te fijaste cómo nos dijo: «este año no refiremos»?

MADRE.—Se ve que está muy contenta. Hay que perdonarla.

PADRE.—Dime, ¿a quién se parecía, realmente?

MADRE.—¿Quién?

PADRE.—Eugenia.

MADRE.—No sé...

PADRE.—Yo creo que a mí.

MADRE.—No te hagas ilusiones. No se parecía a ninguno de los dos. ¡Eugenia era algo excepcional!

PADRE.—(*Con aire de triunfo.*) ¿Lo ves, lo ves?

MADRE.—¡Claro que lo veo! ¿Te figuras que estoy ciega? Eugenia era un ser extraordinario. Pero ésta es también mi hija. ¡En el corazón de una madre no hay disputas!

PADRE.—¡Bravo! ¡Me has convencido! La verdad es que soy un poco injusto con Amalia.

MADRE.—No te preocupes. ¡Con tal de que no le hables de la fecha..!

PADRE.—¡Pobre Eugenia! ¡Quién me lo iba a decir! ¡Pensar que hoy, precisamente hoy, su día, hemos acordado no nombrarla!

MADRE.—¡Pues tú bien que la nombras..!

PADRE.—¡En voz baja, con temor..!

MADRE.—Pero pensando siempre en ella. (*Procurando consolarle.*) Mira, hace un momento, hasta me pareció oír su risa.

PADRE.—(*Sugestionado.*) ¡A mí también! Y ahora, ahora mismo, escucha..! (*Escuchan los dos.*)

RITA.—(*Dentro.*) ¡Amalia! ¡Amalia!

MADRE.—La pobre Rita se impacienta. Voy a ayudarla. (*A Rita, saliendo por la izquierda.*) ¡Allá voy! ¡Amalia está en el jardín!

PADRE.—(*Saliendo también por la izquierda.*) ¡Pues, señor, juraría haberla oído! ¡Claro está que con el estómago vacío oye uno cualquier cosa! (*Se va mirando el retoj.*)

#### ESCENA V

(*Entra, por el jardín el Joven. Personaje asustadizo, con unas gafas tan originales que le dan el aire de un ave perseguida. Se sienta. A poco entra Amalia por otra puerta del jardín. El Joven, de pie, la saluda con una ligera inclinación. Amalia, reponiéndose de la sorpresa, se esfuerza por no soltar la carcajada.*)

AMALIA.—¡Ah! ¿Estaba usted aquí? ¿Hace tiempo que espera?

JOVEN.—Sí, sí... No, acabo de llegar.

AMALIA.—(*Conteniendo la risa.*) ¡Muy bien!

JOVEN.—Me han dicho... que el señor Alsina...

AMALIA.—Ya estamos enterados. Le aguardábamos a usted.  
JOVEN.—(*Sorprendido.*) ¿De... de veras? (*Amalia se acerca a la puerta de la izquierda.*)

AMALIA.—(*Llamando.*) ¡Rita!

RITA.—(*Dentro.*) ¿Qué sucede?

AMALIA.—(*A gritos.*) ¡Que te quedas a comer!

JOVEN.—Quisiera..., si es posible..., saludar a su padre...

AMALIA.—Ahora mismo. Nos espera en el comedor. (*Rita aparece en la puerta de la izquierda. Mira al Joven, luego a Amalia, y las dos, de pronto, lanzan una carcajada.*)

JOVEN.—¿O...curre algo?

AMALIA.—Perdónenos usted. Estábamos intrigadas con su visita. Nos habíamos figurado que era usted... un viejo, uno de esos amigos de su amigo, ya sabe... ¡Tiene tantos amigos viejos!

RITA.—¡Y yo, naturalmente, no quería quedarme a comer!

JOVEN.—¡Por qué?

RITA.—¡Qué pregunta!

AMALIA.—Pensaba que iba a aburrirse.

JOVEN.—¡Ah!

AMALIA.—Ahora, en cambio, verá usted cómo nos divertimos. ¡Bueno, no voy a tratarte de usted..!

JOVEN.—Como quieras...

AMALIA.—Anda, pasa. Te has retrasado. Papá debe estar protestando.

JOVEN.—Pues papá me decía también...

AMALIA.—(*Interrumpiéndole.*) ¡Ah! ¿También tienes un papá? (*A Rita.*) ¡Es que no le falta nada!

RITA.—¡Mira que si me illego a ir!

(*Salen los tres por la izquierda. Se oye dentro, alejándose, la risa de Amalia. Como respondiéndole, por la parte del jardín, llega la risa de Eugenia.*)

#### RSCENA VI

(*Entran, por una de las puertas del jardín, Eugenia y el Amigo. Eugenia es alta, rubia, de andar*

*reposado. El Amigo es un hombre joven, simpático, visiblemente interesado por Eugenia.)*

EUGENIA.—¡No me diga usted que no es gracioso! ¡No tengo más remedio que reconocerlo!

AMIGO.—No es gracioso: es providencial.

EUGENIA.—¡Que por huir de usted se me ocurra entrar en esta casa, la primera que encuentro en el camino, y que resulte que es ésta, precisamente, la casa que estaba usted buscando!

AMIGO.—Y ahora, ¿qué va usted a hacer?

EUGENIA.—Marcharme, sencillamente. No me cabe duda de que ésta es la casa que usted buscaba. Me ha seguido usted hasta aquí.

AMIGO.—¿Y si saliera alguien en este momento?

EUGENIA.—Como estamos juntos no me apuraría. Daría cualquier excusa para retirarme y ni tendría usted necesidad de hacer las presentaciones. Luego, ¡allá usted con lo que inventará!

AMIGO.—Me creerían enseguida: dijese lo que dijese.

EUGENIA.—¿Tanto crédito tiene usted en esta casa?

AMIGO.—Es que aquí tampoco me conocen.

EUGENIA.—¡Ah, vamos! Entonces todo ha sido una broma. Usted no venía aquí.

AMIGO.—Le aseguro que sí. No solamente venía, sino que me esperan. Vengo invitado. No sé cómo explicárselo. Nos esperaban a dos, pero vengo yo solo. El otro se ha sentido indispuerto a última hora.

EUGENIA.—(Con ademán de retirarse.) ¡Pues nada: que se alivie el enfermo!

AMIGO.—Gracias. Un momento. Podemos seguir hablando. Hemos quedado en que no nos conocen a ninguno de los dos.

EUGENIA.—Y usted cree, por lo visto, que eso es motivo suficiente...

AMIGO.—Para despedirnos cuando aparezca alguien; para que se quede usted también, si quiere... Eso, ¿por qué no se queda usted a comer?

EUGENIA.—¡Muy amable!

AMIGO.—Yo diría que es usted mi hermana.

EUGENIA.—O su mujer.

AMIGO.—¡Qué penetración! ¡En eso mismo estaba yo pensando! Si nos pudiéramos casar en este momento, no tendríamos este conflicto.

EUGENIA.—¿Qué conflicto?

AMIGO.—¡El de separarnos! Yo me he bajado del tren, la he visto a usted en la estación, la he seguido como un loco, y, de pronto, el dedo de Dios le ha señalado un camino, que era el mío. ¡Nunca han estado más claros los altos designios de la Providencia! No podemos separarnos ya.

EUGENIA.—¡Sí que es un conflicto, realmente! Porque resulta que yo venía en el mismo tren que usted, sin sospechar, claro está, que viajaba con un pelma semejante. Pero en vista de lo pesado que se pone, tendré que decirle que a mí también me esperan mis amigos.

AMIGO.—¡Aguarde! ¿De manera que hemos venido en el mismo tren? ¡Desgraciado de mí que no la descubrí antes! ¡Y ahora quiere usted abandonarme por sus amigos? ¿Cuántos son?

EUGENIA.—Muchos.

AMIGO.—Respiro. Pensé que era uno solo.

EUGENIA.—Entonces no hubiera dicho «amigos».

AMIGO.—Eso se dice siempre.

EUGENIA.—¡Qué experiencia!

AMIGO.—¡Mucha! Pero con usted no me sirve. ¡Es usted un ser extraordinario!

EUGENIA.—¡Qué imaginación!

AMIGO.—¡Enorme! Verá usted: ¿qué ha pasado entre nosotros? Nada. ¿Ha pasado algo?

EUGENIA.—¡No faltaba más!

AMIGO.—Absolutamente nada; la he seguido, he intentado hablarle, se ha entrado usted por un jardín, yo detrás... Aquí estamos. ¿Dónde estamos? No lo sabemos. Se trata de unos señores que no conozco. No me negará que el caso es bien extraño. Bueno, pues todo esto lo he animado ya con mi imaginación. Yo acabo de llegar. Me presento. Usted es la hija del dueño, que me recibe. ¿Cómo se llama usted?

EUGENIA.—(Riendo.) ¡Qué tontería!

AMIGO.—¿No tiene usted un nombre por modesto que sea?..

EUGENIA.—Me llamo Eugenia.

AMIGO.—¡Eugenia! ¡Precioso! Continúo. Hace mucho rato que he llegado, nos hemos dicho ya todas esas tonterías que se dicen las personas que no se conocen. Ya nos conocemos. Hemos terminado incluso de comer. Es la hora del café. Nos han dejado solos. Siéntese aquí.

EUGENIA.—¿Va a ser muy largo?

AMIGO.—Termino enseguida. (*Eugenia se sienta.*) Gracias. Mire ahora a su alrededor: ¿No sería posible cuanto le he dicho?

EUGENIA.—Posible, sí. Pero ni yo soy la hija del dueño, ni tengo ganas de hablar, ni me interesa usted tanto como para quedarme sin comer.

AMIGO.—¡Falta de imaginación!

EUGENIA.—No. Yo tengo más imaginación que usted. Se lo voy a probar. Usted lo que tiene... son ganas de pasar el rato. Por de pronto, en esta casa no vive nadie. No han salido siquiera a recibirnos. Es una casa deshabitada. Hemos entrado por un jardín abierto de par en par, y hemos llegado hasta aquí sin el menor tropiezo. Es una casa misteriosa.

AMIGO.—Me gusta, me gusta...

EUGENIA.—A usted le gusta porque se figura que va a descubrir una aventura divertida. Y aquí no hay aventuras. Ni nada que descubrir. Todo está muy claro. Sus amigos —porque no dudo que sean sus amigos— no son personas divertidas. No le envidio el almuerzo que le espera. Viven de sus recuerdos, en un mundo cerrado. No hay más que ver esta habitación. Se nota, desde luego, la mano de una mujer, de una mujer joven, probablemente. Hay una cierta delicadeza en todo. Este fue su rincón preferido. Debí mirar mucho por esta ventana. Pero esa mujer ya no vive en esta casa. ¿Murió? ¿Un viaje?

AMIGO.—Mis amigos tienen una hija.

EUGENIA.—¿De qué edad?

AMIGO.—De unos veinte años.

EUGENIA.—No es lo que buscamos. Fíjese bien: todo está un poco ajado, como desatendido. No hay un solo

detalle en la habitación que revele la presencia, hoy, en esta casa, de una muchacha joven. Podrá tener veinte años, pero no es lo que buscamos.

AMIGO.—¿Qué más? Siga usted.

EUGENIA.—Nada más. Pero mi historia es más interesante que la suya. Que yo fuese la hija del dueño, eso se le ocurre a cualquiera...

AMIGO.—Sin embargo...

EUGENIA.—Usted llegaba, yo le recibía con cierta emoción —había oído hablar de usted toda la mañana— y, después de comer, mientras los papás iban a ver las rosas... ¡No; demasiado sabido! Prefiero mi historia: en esta casa hay una mujer, una mujer auténtica. ¡Búsquela usted!

AMIGO.—¿Y si la buscáramos juntos?

EUGENIA.—Iba a ser mucho trabajo. Búsquela usted solo. Es mejor. Cualquier día, en cualquier otra estación de la tierra, me dirá usted si la encontró.

AMIGO.—¡Un instante, un instante! Esto es demasiado grave. Me juego mi felicidad. Contésteme sinceramente, ¿no acepta usted mi invitación a comer?

EUGENIA.—¡Claro que no!

AMIGO.—Entonces, ¿me invita usted a mí?

EUGENIA.—¿Qué dice?

AMIGO.—A comer. Los dos juntos. Si me invita, acepto.

EUGENIA.—¡Qué disparate!

AMIGO.—¡Óigame, por favor! En esta casa no me conocen. Ya se lo he dicho. Me esperan, pero no me conocen. Me tiene sin cuidado quedar mal.

EUGENIA.—¡Está usted loco!

AMIGO.—Además, ya no me esperan. Estoy seguro. Deben estar en los postres. Llego, por lo menos, con una hora de retraso.

EUGENIA.—¡Qué horror! ¡Me marchó! ¡Lo que van a reñirme a mí también!

AMIGO.—(*Reteniéndola por una mano.*) ¡Déjeme acompañarla! Usted me presentará a sus amigos. Les dirá que nos hemos encontrado de casualidad, que nos conocimos en el extranjero... Esto justifica muchas cosas. ¿No ha viajado usted? ¿No ha estado siquiera en París? ¡Todo el mundo ha estado en París!

EUGENIA.—(*Riendo, mientras se suelta.*) ¡Sí, desde luego!  
AMIGO.—¡Pues eso, en París: nos conocimos en París! Yo  
la llamaré a usted en francés: *Eugénie, Eugénie..!*  
(*Eugenia se va riendo por el jardín, seguida del  
amigo. Un silencio. Por la puerta de la izquierda  
entran los Padres, Amalia, Rita y el Joven, este úl-  
timo con la cabeza baja.*)

#### ESCENA VII

PADRE.—(*A la Madre.*) Tú dirás lo que quieras, pero du-  
rante todo el almuerzo no he dejado de oír su voz...

MADRE.—Luego hablaremos de eso. Ocupate ahora del mu-  
chacho. Está avergonzadísimo.

PADRE.—(*Al Joven.*) ¡Levante usted esa cara! ¡Cualquiera  
diría que le hemos tratado mal!

JOVEN.—No..., no, señor... ¡Al contrario!

AMALIA.—(*Al Joven.*) Todo ha sido culpa mía. No te dejé  
hablar y, como esperábamos también a un mucha-  
cho que no conocíamos...

MADRE.—(*Sollicita.*) ¡Si no tiene importancia!

JOVEN.—Papá me dijo que viniese a preguntar si había  
llegado el señor Alsina...

AMALIA.—¡Y nosotras, riéndonos, no te dejamos explicarte!

RITA.—¡Si no llega a ser por la sopa!

AMALIA.—¡Eso, la sopa fue lo que lo salvó! Aprovechó esa  
pausa para hablar. Mamá lo dice siempre: no hay  
como un buen plato de sopa para cobrar fuerzas.

JOVEN.—¡Qué bromistas!

MADRE.—¡Vamos, dejad en paz al chico! Ya sabes: le di-  
ces a tu padre que el señor Alsina no ha venido.

AMALIA.—Ni su amigo. Pero que tú has comido en su  
lugar.

RITA.—En lugar del amigo, fíjate bien.

AMALIA.—O de los dos. ¡No vamos a reñir por un cubiertol

JOVEN.—(*Despidiéndose.*) Pues muchas gracias. Siento lo  
que ha pasado, pero he tenido tanto gusto.

RITA.—(*A Amalia.*) ¡Mira qué bien!

PADRE.—El gusto ha sido nuestro.

JOVEN.—Adiós.

AMALIA.—Adiós, hombre... (*Sale el Joven por el jardín. Los Padres se sientan en primer término. Amalia y Rita, al fondo, junto a la ventana.*)

AMALIA.—¡Nos falló también el desconocido! ¡Se nos aguó la fiesta!

RITA.—¡Con lo que habíamos trabajado arreglando la mesal

AMALIA.—¡Y el madrugón!

PADRE.—(*A la madre.*) Te decía que durante el almuerzo...

MADRE.—(*Interrumpiéndolo:*) Has estado, todo el tiempo, oyendo la voz de Eugenia. Yo también. Como si estuviera en esta habitación. Tanto hemos hablado de ella que hasta nos ha parecido oír su voz. Pero esas son cosas de viejos: alucinaciones.

CLAUDIO DE LA TORRE